

GT1. Población, migraciones, territorio y ecología

¿Cómo conciben la emancipación y la independencia los jóvenes con experiencia de compartir piso?

Quintana Gutiérrez, Guadalupe / Estudiante del máster de Sociología Aplicada (Universidad de Málaga) / gquintanagutierrez@uma.es

Fuster González, Nayla / Profesora sustituta. Dpto. de Organización de Empresas, Marketing y Sociología (Universidad de Jaén) / nfuster@ujaen.es

Susino Arbucias, Joaquín / Profesor contratado doctor. Dpto. de Sociología (Universidad de Granada) / jsusino@ugr.es

Introducción

La emancipación es un proceso clave en el ciclo vital de las personas, pues constituye la transición hacia la adultez. La inestabilidad laboral y las dificultades en el mercado residencial, tras la crisis económica de 2008, han supuesto una diversificación, complejización, prolongación y flexibilización de las trayectorias residenciales de los jóvenes españoles cuando dejan el hogar familiar. Estos cambios invitan a abandonar la concepción de emancipación como un momento de ruptura, como se venía haciendo hasta hace relativamente poco, y pensar que se trata más bien de un proceso. Un proceso que es complejo y no lineal en el que se producen periodos de retorno al hogar de los padres (*boomerang kids*) y situaciones de semi-dependencia que, si antes tenían una connotación negativa en los discursos de los jóvenes, ahora aparecen como parte de este proceso. La forma de emanciparse ha cambiado y con ella el significado de la emancipación e independencia en el imaginario de los jóvenes.

Dentro de estos cambios, el compartir vivienda, una forma de convivencia tradicionalmente asociada a la etapa estudiantil, parece alargarse más allá de la etapa estudiantil y extenderse a otros perfiles más allá de los estudiantes. Es una forma de convivencia que rompe con el papel predominante que el proyecto familiar y la pareja han tenido en la emancipación hasta hace relativamente poco, los cuales eran clave a la hora de tomar la decisión de abandonar la vivienda de los padres y para entender el significado que tenían para los jóvenes la emancipación y la independencia. Por ello,

conocer el significado que tienen para estos jóvenes la emancipación y la independencia tiene un gran valor teórico y empírico.

El objeto de esta comunicación es presentar los resultados preliminares de una investigación todavía en curso sobre el significado que tienen la emancipación y la independencia para jóvenes que han tenido la experiencia de compartir vivienda. Para ello se realizaron entrevistas en profundidad a jóvenes de entre 20 y 30 años de edad, con estudios universitarios y con experiencia de haber compartido vivienda.

Antecedentes teóricos

Quienes investigan la emancipación juvenil coinciden en que se trata de un proceso clave en la vida de las personas jóvenes, precisamente por constituir la transición de la juventud a la adultez (Moreno Mínguez, López Peláez, & Segado Sánchez Cabezudo, 2012; Ayala, García, & Ponte, 2016; Gil Solsona, & Simó Noguera, 2017; Sánchez-Galán, 2019; Bobek Pembroke, & Wickham, 2020). Para estudiar la emancipación juvenil hay que tener en cuenta que se compone de tres dimensiones: la emancipación residencial, entendida como el abandono del hogar de los padres para ocupar una residencia distinta; la emancipación económica, que hace referencia a la situación en la que una persona deja de depender económicamente de los padres y tiene la capacidad de satisfacer por sí misma los gastos propios y de la vivienda; y la emancipación familiar que, aunque tradicionalmente haya sido entendida como la formación de una nueva familia con una pareja y unos hijos, no implica necesariamente la formación de un nuevo núcleo familiar, por lo que también hace referencia a vivir solo, con la pareja, con amigos o compañeros de vivienda o con algún familiar siempre y cuando la persona sea jefa del hogar (Ayala, García, & Ponte, 2016).

Tradicionalmente la emancipación juvenil se ha concebido como un momento de ruptura con la familia de origen en el que los jóvenes abandonan la vivienda de los padres para ocupar otra junto con la pareja. Hasta hace relativamente poco el tener pareja y formar una nueva familia era un requisito casi indispensable para abandonar la casa de los padres y ocupar una nueva vivienda, por lo general, en régimen de propiedad (Hernández Hurtado, & Susino Arbucias, 2007). No obstante, la inestabilidad laboral y dificultades en el mercado residencial que trajo la crisis económica de 2008, han supuesto una diversificación, complejización, prolongación y flexibilización de las trayectorias

residenciales de los jóvenes españoles cuando dejan el hogar familiar. La forma de emanciparse ha cambiado y con ella el significado que tiene este concepto y el de independencia en el imaginario de los jóvenes. Estos cambios nos invitan como investigadores a abandonar la concepción de la emancipación como un momento puntual de ruptura, y pensar que se trata de un proceso flexible (Fuster González, 2020).

La emancipación como proceso se caracteriza por ser complejo, no lineal y reversible. La precariedad laboral, la pérdida de empleos y el endurecimiento de los precios del mercado de la vivienda han favorecido que las trayectorias residenciales de los jóvenes no sigan un patrón fácilmente identificable, además de situaciones en las que una emancipación que se produjo con intención de ser permanente pase a ser provisional (Gil Solsona, & Simó Noguera, 2017) con la vuelta de algunos jóvenes al hogar familiar; los conocidos como *boomerang kids* (Gentile, 2010). Antes, el hecho de volver a casa de los padres se consideraba un fracaso (Fuster González, 2020) y tenía una connotación negativa en los discursos de los jóvenes. Posponer la salida de la casa de los padres era una solución mejor aceptada socialmente (Garrido, & Requena, 1997) que el tener que volver a la misma. En los discursos “postcrisis”, la vuelta al hogar de los padres aparece como una estrategia para mantener el estilo de vida (de consumo y bienestar en términos generales) o bien “para preparar un nuevo intento de salida que sea más sostenible y duradero” (Gentile, 2010). Deja de tener una connotación negativa y pasa a concebirse como una opción estratégica y parte del proceso de emancipación.

El apoyo económico de los padres está presente durante todo este proceso. Es frecuente encontrar jóvenes que se encuentran en un estado de semi-dependencia, es decir, situaciones en las que no son totalmente dependientes de los padres ni totalmente independientes en términos residenciales y económicos. Es el caso de “personas jóvenes que conviven con sus padres parte del tiempo, y el resto del tiempo habitan otra vivienda” (Gil Solsona, & Simó Noguera, 2018) y aquellas que, aun viviendo en una vivienda distinta a la de sus padres, dependen económicamente de estos para poder hacerlo. Es el caso de los estudiantes que residen en residencias de estudiantes o comparten vivienda temporalmente durante el curso académico, pero que regresan periódicamente a la vivienda de sus padres que son su principal fuente de financiación.

Por otro lado, también se ha producido una flexibilización en las formas de emancipación relativas al régimen de tenencia y, sobre todo, a la forma de convivencia. En los discursos de los jóvenes antes de la crisis económica de 2008, el acceso a una

vivienda en régimen de propiedad era un requisito indispensable para abandonar el hogar de los padres, sobre todo para las clases más bajas (Hernández Hurtado, & Susino Arbucias, 2007). Esta forma de considerar la propiedad de la vivienda iba acompañada del desprestigio del alquiler, asociado a la inestabilidad y a tirar el dinero (Hernández Hurtado, & Susino Arbucias, 2007). Esto ha cambiado; la precariedad laboral y las condiciones hipotecarias sitúan al alquiler como la forma de tenencia que mejor se adapta a las circunstancias económico-laborales de los jóvenes. En los discursos posteriores a la crisis económica los jóvenes hablan del alquiler de la vivienda sin necesidad de especificar que se refieren al alquiler, pues la posibilidad de comprar una vivienda ni siquiera se la plantea como algo factible (Fuster González, 2020). Junto a la propiedad de la vivienda, la idea de un proyecto familiar está cada vez menos presente en el discurso de los jóvenes mientras que el proyecto profesional gana más presencia (Fuster González, 2020). Esto se ve reflejado en el aumento de formas de convivencia distintas a vivir con la pareja como es el caso de vivir solo o compartir vivienda con personas que no son la pareja. En este estudio nos centramos en uno de esos aspectos que están en transformación, la convivencia de los estudiantes con compañeros, que empieza sin romper la dependencia de sus padres y acaba llevando una vida plenamente independiente. En estos casos se ve bien esa dimensión procesual de la emancipación.

Lo que está detrás de estos cambios es una profunda transformación en los mercados laborales, sobre todo, y el modelo de sociedad: los jóvenes no solo adaptan sus trayectorias y sus prácticas, sino que adaptan sus representaciones sociales sobre la emancipación misma, qué es y qué esperan (Fuster González, 2014). Todos estos cambios plantean dos tipos de problemas sociológicos: uno teórico, sobre cómo entender y conceptualizar una emancipación que ya no es la de antes; otro empírico, cómo medir el número de jóvenes emancipados en un momento dado, cuando la emancipación misma ha dejado de ser un acontecimiento-ruptura y pasa a ser un proceso.

Gil Solsona y Simó Noguera (2018) abordan el problema. Pero lo hacen desde una concepción, en ambos planos, incompleta. Conciben la emancipación solo en su dimensión residencial, lo que lleva a considerar a los estudiantes que viven fuera de la casa paterna como emancipados. Sin embargo, la convivencia con iguales de los estudiantes no es, por sí misma, emancipación, sino el inicio de un proceso que lleva a la emancipación. Ese proceso es lo que hemos investigado en este estudio, con el objetivo

principal de analizar el significado que tienen la emancipación y la independencia para los propios jóvenes que han atravesado este proceso.

Metodología

La metodología empleada para la realización este trabajo es cualitativa. Los datos han sido extraídos de entrevistas en profundidad realizadas a 6 jóvenes universitarios de entre 20 y 30 años que comparten o han compartido vivienda (2020). Las entrevistas se hicieron de forma telemática y en dos rondas: en la primera ronda se abordó el tema de la experiencia de la convivencia compartiendo vivienda de una forma más general. La decisión de realizar la segunda ronda de entrevistas nació de las conjeturas tras haber observado el uso que estos jóvenes hacían del término de independencia. En esta última ronda, se abordó el tema de qué entendían estos jóvenes por emancipación e independencia. Para ello se elaboró, a partir de las primeras entrevistas, una línea temporal de la trayectoria residencial, laboral, geográfica y de estudios de cada una de estas personas. En la segunda ronda no se pudo contactar con uno de los jóvenes entrevistados en la primera, por tanto, contamos con un total de 11 entrevistas.

Para este estudio hemos realizado un análisis sociológico del discurso que busca identificar tanto las posiciones discursivas de quién habla, como las configuraciones narrativas y los campos semánticos en que se sitúan los discursos sociales de que se hacen eco (Conde Gutiérrez del Álamo, 2009).

Realizamos un muestreo estructural, en el que los sujetos que componen la muestra fueron seleccionados de forma intencional en función de la posición que ocupan en la estructura social atendiendo a los criterios estructurales de sexo (hombre o mujer) y clase social de origen (media-baja, media o media-alta); y categóricos de tipo de convivencia (vive solo, comparte vivienda¹, vive con la pareja). Aunque en el apartado de antecedentes teóricos se haya presentado a los jóvenes en términos generales, no podemos olvidar que la juventud es un grupo heterogéneo y que tanto el sexo como la clase social marcan diferencias en la forma de emanciparse de los jóvenes y en cómo entienden la emancipación (Hernández Hurtado, & Susino Arbucias, 2007), por lo que considerar la dimensión de sexo y clase social es fundamental para estudiar la

¹ Entiéndase que se comparte con personas que no son la pareja.

emancipación. Partiendo de estos criterios, son 18 los perfiles a entrevistar. No obstante, la muestra en que se basa esta comunicación es parcial, pues no se ha entrevistado a representantes de todos estos perfiles, pues forma parte de un proyecto más amplio todavía en curso. Además, al centrarse en estudiantes universitarios las posiciones de clase de nuestros entrevistados están parcialmente eclipsadas por compartir todos un parecido nivel de estudios, lo cual nos deja con un discurso bastante homogéneo. Las personas entrevistadas responden a los perfiles que se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 1. Diseño muestral

Entrevistados	Dimensiones estructurales			Dimensión categórica
	Sexo	Clase social de origen	Edad	Tipo de convivencia
E1	Mujer	Media-baja	24	Comparte
E2	Mujer	Media-alta	26	Comparte
E3	Mujer	Media-baja	26	Comparte
E4	Hombre	Media-baja	29	Solo
E5	Hombre	Media-alta	29	Comparte
E6	Hombre	Media	24	Comparte

Fuente: Elaboración propia.

Análisis y resultados

A continuación, para dar respuesta al objetivo general de este estudio presentamos el análisis y los resultados principales. Como apoyo visual para facilitar la lectura y comprensión de este apartado, en la siguiente página se muestran las líneas temporales (figura 1) de las 6 personas entrevistadas. En ellas están representadas gráficamente las trayectorias de convivencia residencial, laboral, geográfica y de estudio de cada una de estas personas, así como el periodo en el que las mismas sitúan su independencia (rodeado en color rojo).

Figura 1. Líneas temporales

Leyenda

Tipo de convivencia

- Compañeros de piso
- Residencia de estudiantes
- Pareja
- Solo/a
- Padres

Lugar de residencia (referencia: ciudad o municipio donde viven los padres)

- Misma ciudad o municipio
- Distinta ciudad o municipio y misma comunidad autónoma
- Distinta comunidad autónoma
- País extranjero

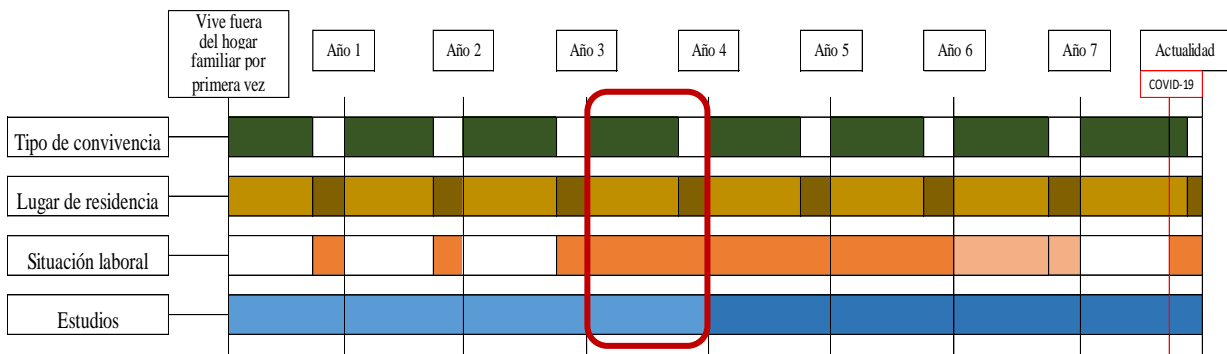
Situación laboral

- Inactivo
- Trabajo temporal sin especificar la existencia o inexistencia de contrato
- Trabajo sin contrato
- Trabajo con contrato temporal
- Otro tipo de trabajos
- Desempleado

Estudios

- Cursando estudios universitarios de posgrado
- Cursando estudios universitarios de grado
- Otro tipo de estudios
- No está cursando ningún tipo de estudios

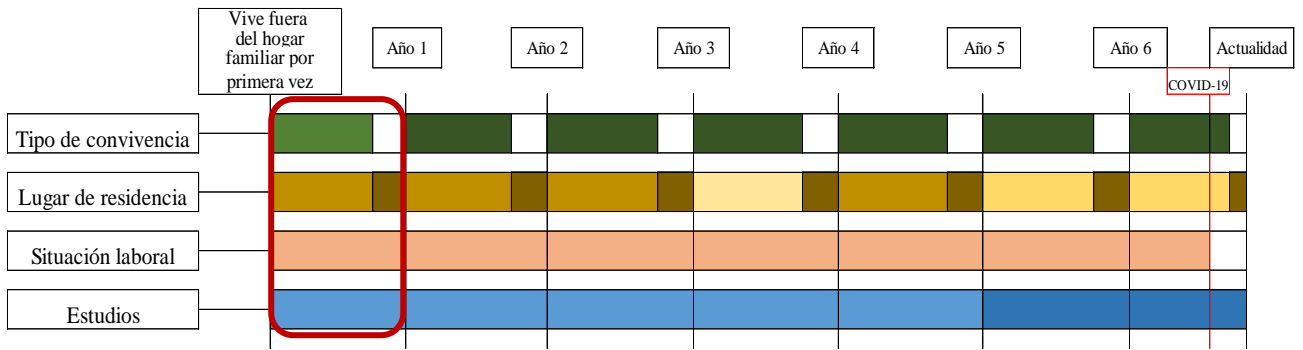
E1: Mujer, 24 años, clase social de origen media-baja, comparte piso.



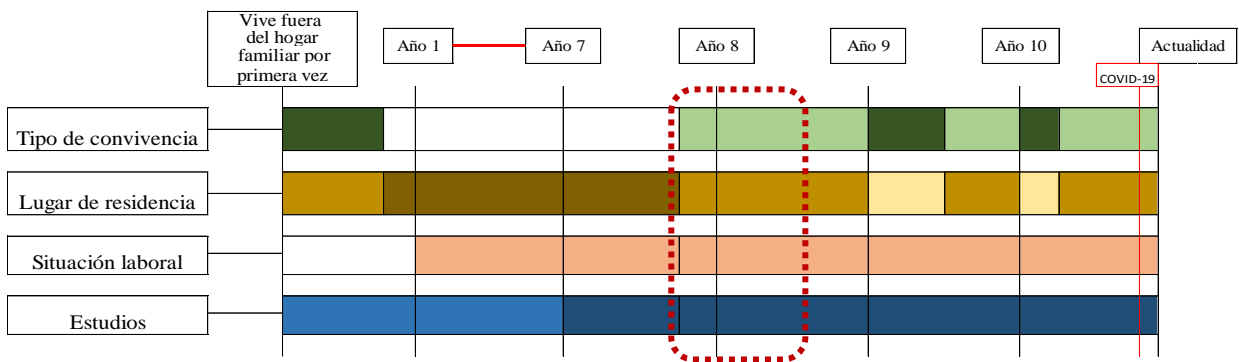
E2: Mujer, 26 años, clase social de origen media-alta, comparte piso.



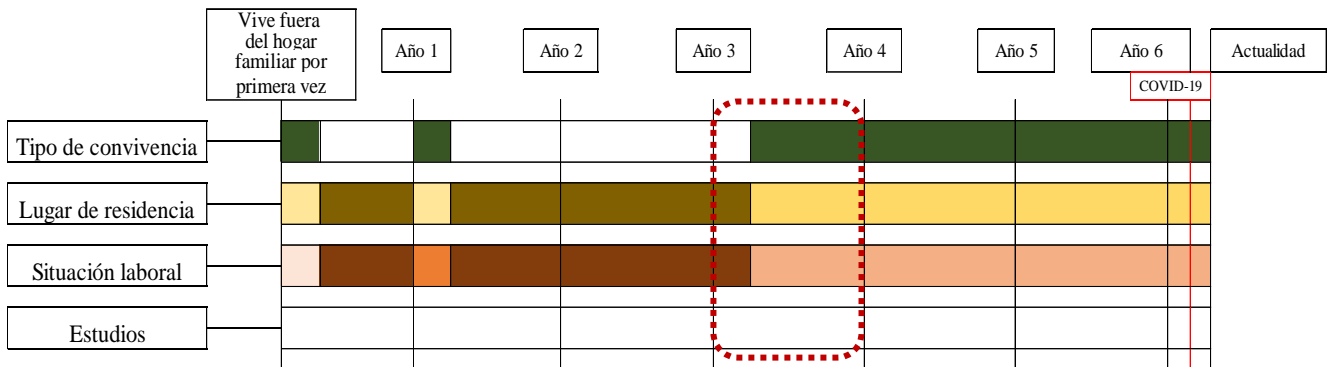
E3: Mujer, 26 años, clase social de origen media-baja, comparte piso.



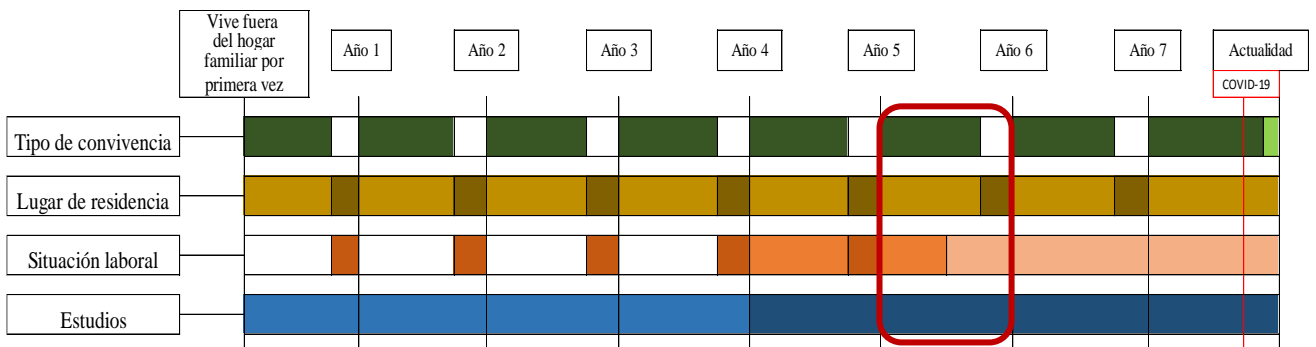
E4: Hombre, 29 años, clase social de origen media-baja, vive solo.



E5: Hombre, 29 años, clase social de origen media-alta, comparte piso.



E6: Hombre, 24 años, clase social de origen media, comparte piso.



Descripción general de las trayectorias

Si observamos la dimensión de convivencia residencial en estas líneas temporales vemos que en todos los casos comienza con la primera vez que estos jóvenes abandonan la vivienda de los padres. A partir de este momento las trayectorias residenciales se vuelven complejas e inestables. Volver a casa de los padres es algo que ocurre periódicamente, sobre todo en los meses de verano. No obstante, esta decisión de volver se produce como una estrategia de los jóvenes para trabajar y ahorrar durante esos meses para poder costear los gastos que supone vivir fuera de la casa de los padres durante el resto del tiempo. No es equiparable al caso de los *boomerang kids*, pues este retorno se produce intencionadamente, no forzado por circunstancias inesperadas. Por otro lado, aunque en la línea temporal el color que representa un tipo de convivencia determinado sea continuo, no quiere decir que esta convivencia se produzca en la misma residencia ni con las mismas personas. Sobre todo, en los periodos en los que comparten vivienda los cambios de inmueble y de compañeros de vivienda son frecuentes. La explicación, como veremos más adelante, viene de la debilidad de las relaciones que se forjan entre los propios compañeros que facilitan hacer y deshacer los vínculos afectivos sin ningún tipo de dificultad. En cualquier caso, partimos de que la emancipación residencial está dada: ya no viven con sus padres.

En cambio, si observamos las trayectorias laborales vemos que estas son, por lo general, precarias. Durante los primeros años, el periodo de trabajo es intermitente y predominan los trabajos temporales de verano. La concatenación de trabajos temporales, con contrato o sin él, parece algo característico de esta etapa. De hecho, todos los contratos que han tenido estos jóvenes son temporales. Por ello, el apoyo económico de los padres durante este proceso resulta fundamental. Durante los primeros años, para poder hacer frente a los gastos propios y de la vivienda la financiación de los padres es clave. Sin embargo, una vez que los jóvenes tienen acceso al mercado laboral de una forma más constante, este apoyo económico va decreciendo dando lugar a múltiples situaciones intermedias en las que estas ayudas pasan a ser más bien puntuales, más o menos frecuentes y para gastos extraordinarios. La pérdida de presencia del apoyo económico familiar también se ve facilitada por el hecho de compartir los gastos de la vivienda con los compañeros que viven en la misma, lo cual produce una dependencia económica entre compañeros. Si tomamos el término de emancipación económica de una forma estricta, podemos decir que estos jóvenes se han emancipado económicamente; no

obstante, aunque el apoyo de los padres sea decreciente, no termina de desaparecer y eso es algo que, sumado a la dependencia económica de los compañeros característica de este tipo de convivencia, afecta a la consideración que tienen los jóvenes sobre su propia situación de (in)dependencia.

Con respecto a la emancipación familiar, la idea de formar una familia es algo que, como adelantábamos en el apartado de antecedentes teóricos, se aleja del horizonte de estos jóvenes. Más allá del abandono de la idea de formar una familia con hijos, la idea de convivir con la pareja no aparece en el discurso de estos jóvenes, incluso de aquellos que tenían pareja en ese momento, hasta que se les pregunta explícitamente por ello. Esta idea aparece como una opción más entre tantas otras, no constituye una forma de convivencia preferente dentro de sus expectativas de vida. Esta dimensión familiar que aparentemente cada vez está menos presente en la literatura académica española, más que desaparecer se ha transformado en una dimensión que ya no es específicamente familiar sino, más genéricamente, emocional. La pérdida de importancia del proyecto familiar para estos jóvenes ha ido acompañada de un aumento de la preferencia por el proyecto profesional, más centrado en el crecimiento personal individual que está ligado a la gran importancia que le otorgan a la libertad en la toma de decisiones y de la autosuficiencia. Esta idea coloca el vivir solo como máximo exponente de la independencia.

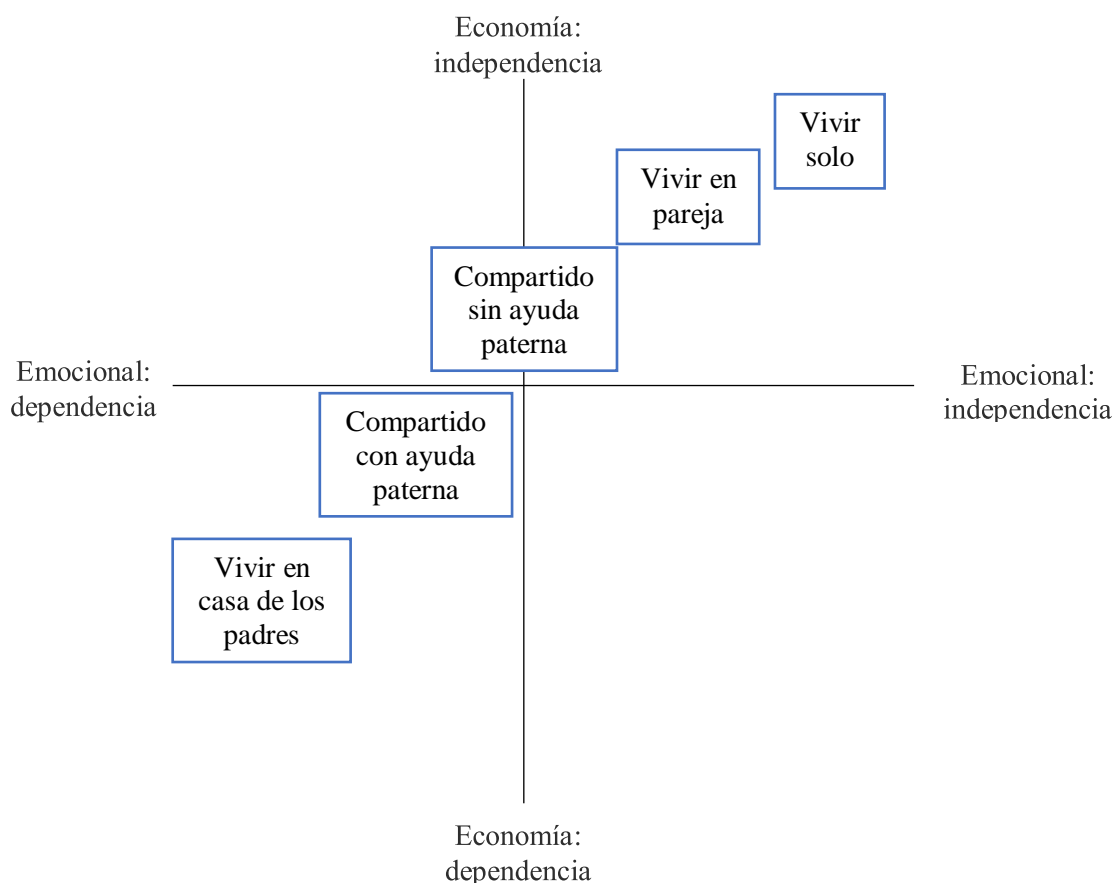
Emancipación e independencia en el imaginario juvenil: la dimensión emocional

En nuestra investigación la primera dimensión de la emancipación, la residencial, ya está dada. Los jóvenes investigados no viven en casa de sus padres, todos viven o han vivido con compañeros. Pero eso no supone que se consideren a sí mismos como independizados porque subsisten las otras dos dimensiones. Por tanto, el marco en el que se sitúan los discursos sobre la emancipación está compuesto por los otros dos ejes: el de la dependencia-independencia económica y el de la dependencia-independencia emocional.

A continuación, en la figura 2, se presentan las diversas situaciones posibles, aunque todas pertenecen a un discurso común y bastante homogéneo. No responden, por tanto, a configuraciones narrativas ligadas a distintas posiciones discursivas. Representan más bien un gradiente en el que se sitúan distintas posibilidades en el proceso que lleva desde la no emancipación a la emancipación plena, tal como en la actualidad refleja el

discurso dominante de los jóvenes con estudios superiores que han tenido la experiencia de vivir en pisos compartidos.

Figura 2. Discurso dominante de los jóvenes con estudios superiores que han tenido la experiencia de vivir en pisos compartidos



Fuente: Elaboración propia.

Entre los dos extremos, el vivir en casa de los padres como la situación de mayor dependencia, y vivir solo como la situación de mayor independencia, encontramos situaciones en las que los jóvenes no consideran que sean ni totalmente dependientes ni totalmente independientes. Al igual que la emancipación, la independencia también es un proceso. En los casos de compartir vivienda sin ayuda paterna, vivir en pareja y vivir solo, la emancipación residencial y económica está dada. Entonces, ¿por qué no tienen para los jóvenes el mismo grado de independencia?

En las primeras entrevistas observamos un uso curioso del término de independencia. Un uso que en ocasiones se corresponde con lo que teóricamente entendemos por emancipación, pero que en otras ocasiones hace referencia a aspectos emocionales, más ligados a un proceso de crecimiento personal cuyo eje principal es la libertad en la toma de decisiones, no solo con respecto a los padres, también incumbe a compañeros de piso y a la pareja. Por tanto, la independencia es entendida como un proceso de crecimiento personal y aumento de la propia autonomía del que forma parte el proceso de separación parental que constituye la emancipación en todas sus dimensiones. En otras palabras, la independencia, tal y como la entienden estos jóvenes, engloba a la emancipación con respecto a la familia de origen, pero no se limita a ella.

“E1: Claro, es que yo veo que hay 2 independencias, o sea, en la que compartes piso con tus compañeros de piso y la total y absoluta para mí de irte solo a un piso solo, o sea, que te lo pagues todo entero. Tú pagas el piso entero, pagas las facturas enteras y luego pues la otra parte de compartir piso con otra gente; pues yo quiero llegar a la de independencia total y absoluta de irme yo a vivir sola y pagarme yo todas las facturas, pagarme todo, todo, todo yo sola. Entonces considero que me he independizado, aunque sea compartiendo piso porque todos los gastos los pagaba yo, pero me gustaría llegar a vivir sola.

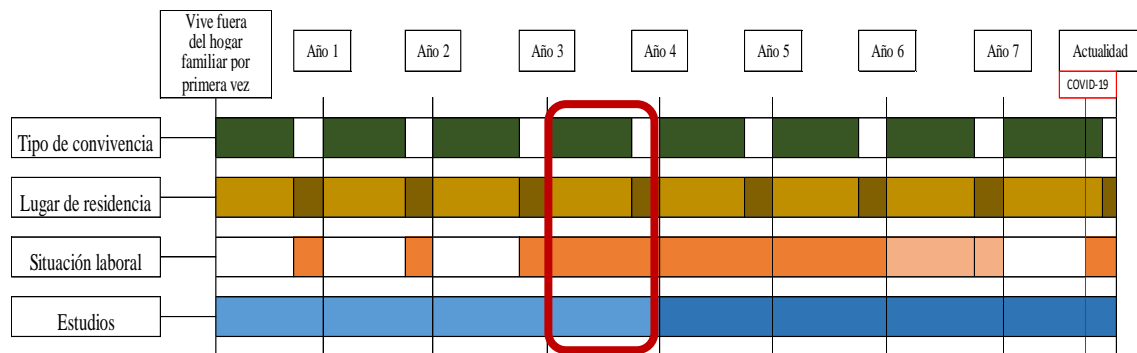
E: ¿Qué significaría para ti llegar a vivir sola?

E1: Uf, la paz absoluta (risa). Sin tener que darle explicaciones a nadie, súper a gusto. Tenerlo todo como yo quisiera, porque me gusta también tener... Todos tenemos nuestras costumbres y nuestras cosas y no sé. Sería una relajación mental increíble porque quieras que no, cuando compartes piso te tienes que acostumbrar a otras personas también, porque es que es normal, es respeto.”

El anterior fragmento representa esa visión procesual de la independencia que comienza con la independencia con respecto a los padres “*en la que compartes piso con tus compañeros*” y aquella con respecto a los compañeros de piso e, implícitamente, con respecto a una posible pareja, pues “*la total y absoluta*” hace referencia a vivir solo. Es el mayor grado de independencia económica y emocional en el imaginario de estos jóvenes.

Padres: la primera independencia

En la primera ronda de entrevistas los jóvenes no situaban en un punto concreto su independencia. Más bien esperaban conseguirla en el momento en el que lograsen el mayor grado de autonomía residencial, económica y emocional: vivir solos. Por ello, para la segunda ronda de entrevistas se elaboraron las líneas temporales y se les preguntó concretamente por el momento en el que situaban su independencia. Al tener la línea temporal delante no tuvieron tanta dificultad en señalar cuándo y por qué se habían independizado.



Parece haber cierto acuerdo en los motivos por los que sitúan su independencia en un periodo concreto porque en él concurren dos situaciones: la independencia residencial con respecto a los padres y un periodo en el que la permanencia en el mercado laboral es relativamente estable. Previo a este periodo el discurso gira en torno a la dependencia económica con respecto a los padres y a un proceso de crecimiento y madurez. La dependencia económica de los padres es constante, pero el proceso de madurez va acompañado de un decrecimiento de esa dependencia y un aumento de la autosuficiencia. Los primeros años se caracterizan por la financiación prácticamente completa por parte de los padres. Sin embargo, llega un momento en el que consideran que tienen que buscarse la vida, es decir, trabajar y afrontar los gastos de la vivienda por ellos mismos. En ese momento comienzan a hablar del apoyo económico de los padres en términos de pequeñas ayudas, queda relegado a un segundo plano y cobra más importancia el grado de autonomía que han conseguido haciendo frente a sus propios gastos y la capacidad de decisión que la misma otorga.

“E2: Yo considero que me he independizado más que por el lugar, que también, por el momento en el que dejaba de pedirle dinero a mis padres, o sea, que mis

padres dejaban de pasarme dinero [...] Entonces fue el momento en el que dije “decido yo dónde vivo, en qué estudio, en qué trabajo”.”

En la medida que ganan madurez, el propio concepto de madurez se va transformando acorde a las expectativas que tienen sobre ser adultos. Por ejemplo, durante los primeros años el salir de fiesta sin tener que dar explicaciones a nadie representa la independencia con respecto a los padres, ahora son ellos los que toman sus propias decisiones, son suficientemente adultos para ello. Pero en la medida que van creciendo el salir de fiesta se convierte en una práctica propia de personas inmaduras, como ellos dicen, de gente de 18 y 20 años, con los cuales ellos ya no se identifican.

Aunque estos jóvenes situaron el momento de su independencia en un periodo de su trayectoria, permanecía el discurso de la independencia “*total y absoluta*” referida al vivir solos y a la independencia como proceso. Para algunos de ellos el no haber alcanzado ese grado de independencia y seguir contando con el apoyo económico de los padres para poder mantener un cierto nivel de vida supone una independencia ficticia.

“E5: Yo no me considero independiente o lo... Independiente soy literalmente, pero no... Digamos que mi nivel de vida no es real. Yo, por ejemplo, ahora mismo tengo coche, pero el coche es de mi madre y ella paga el seguro [...] Yo la vida que llevo no es acorde 100% a mi contrato y a mis circunstancias [...] Independencia plena la tengo, pero... es ficticia a nivel de mis posibilidades adquisitivas porque, bueno... ya digo, tengo ayudas, tengo la beca de mi madre [...] Es una independencia, pero no es real. Yo no la considero... no la considero absoluta”

El apoyo económico constante de los padres, aunque necesario para mantener el nivel de vida y una relativa seguridad, sumado a la dependencia económica indirecta de los compañeros de piso con los que comparten gastos supone que la emancipación con respecto a los padres no suponga alcanzar la independencia absoluta.

Compañeros de piso: la segunda independencia

En la primera ronda de entrevistas los jóvenes hablaban de independencia de una forma ambigua, tanto para referirse a la independencia con respecto a los padres como para referirse a la expectativa de vivir solos. Pero lograr esa independencia “*total y absoluta*” supone un esfuerzo económico que no pueden permitirse dadas sus circunstancias

económicas. Con lo cual, para poder independizarse de sus padres tienen que depender de sus compañeros de piso o de una pareja.

“E1: Pues la verdad es que me hubiese gustado independizarme hace muchos años lo que pasa es que ha sido difícil porque claro, si yo me voy a vivir sola me sale mucho más caro que si comparto porque ya las facturas también se dividen entre tres [...] A ver, es que ha sonado un poco contradictorio lo que te he comentado. Soy independiente, pero independiente de mi familia porque lo que es vivir sola, sola, sola no he vivido nunca. A lo mejor un mes o dos [...] Sí he sido independiente y sigo siendo independiente desde hace unos años, pero de vivir sola y ser independiente no he probado esa experiencia y tengo ganas de hacerlo...”

“E6: Sí, a ver... pero con ambas situaciones lo veo independiente ¿vale? Lo único que lo otro lo veo más independiente aun por el hecho de no tener que compartir piso y tener un piso que sé que es mío y que no es algo más temporal. Entonces el hecho de saber que un piso es tuyo es como “coño, ya esto es mío, vivo yo aquí y es mi casa” y eso sí que es como un plus más de independiente, pero no significa que la situación de compartir piso no considere que soy independiente en ese sentido.”

Estos jóvenes reconocen que, a pesar de no depender económica y residencialmente de sus padres, no se encuentran en una situación de independencia “total y absoluta”. Dentro del proceso de independencia se encuentran en una fase intermedia, no son totalmente dependientes de sus padres ni totalmente independientes (en general). Esta situación de semi-dependencia se genera “gracias” o “por culpa” de la dependencia económica con respecto a los compañeros que conlleva el compartir la vivienda. Sin embargo, la dependencia económica de los padres y la de los compañeros es distinta: la dependencia económica de los padres es directa, los padres afrontan los pagos en lugar de los hijos; la dependencia económica de los compañeros de piso es indirecta, comparten gastos. La situación económico-laboral de estos jóvenes, precaria e inestable, no les permite afrontar la totalidad de los gastos de una vivienda por ellos mismos, por lo que el compartir vivienda con otras personas es prácticamente imprescindible para que estos jóvenes puedan abandonar la vivienda parental.

“E2: A ver, obviamente, yo dependo de que alguien se quede... bueno, de compartir piso con alguien, porque yo ahora mismo yo un piso por mí misma no puedo permitírmelo. Haya grado de independencia, tú no eres o dependiente o

independiente, puede haber un grado ahí en medio. O también llámalo independiente, pero precaria.”

La independencia “total y absoluta” rompe con esa dependencia económica con los compañeros de piso. Con la pareja ocurre algo similar. La experiencia compartiendo piso de estos jóvenes está marcada por la obligación de las circunstancias a hacerlo, sin embargo, el convivir con la pareja lo consideran como algo que se elige. El tener cierto margen para elegir la forma de convivencia, aunque sea compartiendo con compañeros o la pareja, otorga un grado más de independencia para estos jóvenes. Aunque la dependencia económica no desaparezca en su totalidad, el relativo aumento de libertad de decisión (con respecto al compartir vivienda de manera forzosa) hace que se sientan más independientes. El poder elegir entre quedarse o no.

“E2: La verdad es que si algunas de mis amigas o amigos íntimos me dijeren “vamos a vivir juntos”, aunque yo tuviese dinero para independizarme e irme sola, me gustaría quedarme... prefiero vivir con alguien [...] prefiero tener alguien en casa. Eso sí, ya te digo que quiero que sea algo temporal. Creo que de 2 a 3 años ya me cansaría y diría “bueno, ya quiero algo más independiente”. Pero de momento, tal y como está mi vida, quizás porque sigo saliendo de fiesta o porque sigo... me gusta tener a alguien en casa.”

“E4: De hecho, siempre que he pensado en seguir viviendo solo o volver a compartir piso, pues siempre estaba viendo si Manuel seguía viviendo con la novia, si no seguía viviendo con la novia. Es decir, un poco si él... Lo digo porque su novia también es profesora de la universidad y muchas veces también se va al extranjero. Entonces, básicamente era “oye, pues si este año vas a estar solo, comp...” Y yo también estoy solo o no, digo “compartimos piso y nos ahorramos ese dinero”. Pero porque la experiencia fue magnífica.”

Aunque la dependencia económica es clave en la convivencia con compañeros, también se produce una dependencia emocional que, por un lado, permite la emancipación emocional familiar, pero, por otro lado, limita el alcanzar esa independencia absoluta a la que aspiran.

Dependencia emocional

La identificación de los compañeros de vivienda como “su familia”, como un hogar, muestra la independencia emocional con respecto a la familia de origen aún sin vivir con la pareja. Sin embargo, esto no se puede tomar en un sentido estricto, es más bien relativo. La inestabilidad del grupo de compañeros hace que no terminen de soltar emocionalmente a la familia, que se ve cuando dicen “mi casa” para referirse a la casa de los padres. Sin embargo, resulta interesante que no vean la relación entre compañeros como algo meramente económico, aunque lo sea.

“E3: Por eso, para mí, lo ideal es compartir espacio con gente que también sea tu familia, porque a veces la familia no es solo de sangre. Entonces, yo tengo más amigos en Granada con los que compartiría piso, pero sí que creo que tengo la suerte de tener un grupo de amigos y amigas que... pues que somos guais (risa) qué te voy a decir yo, si son mis amigos.”

Esta independencia emocional con la familia de origen, cuando depende de estrechar vínculos con compañeros, es tan inestable como dichos vínculos. Como se mencionó anteriormente, el grupo de compañeros de piso es inestable, pues las relaciones que se forjan entre ellos cumplen principalmente un papel instrumental, por lo que, cuando se cumple dicha función se deshacen. Incluso en los casos en los que el grupo está formado por personas con vínculos más fuertes como es el caso de la amistad, si el proyecto de vida de alguna de las personas deja de ser compatible con compartir vivienda con el grupo, la relación residencial se rompe.

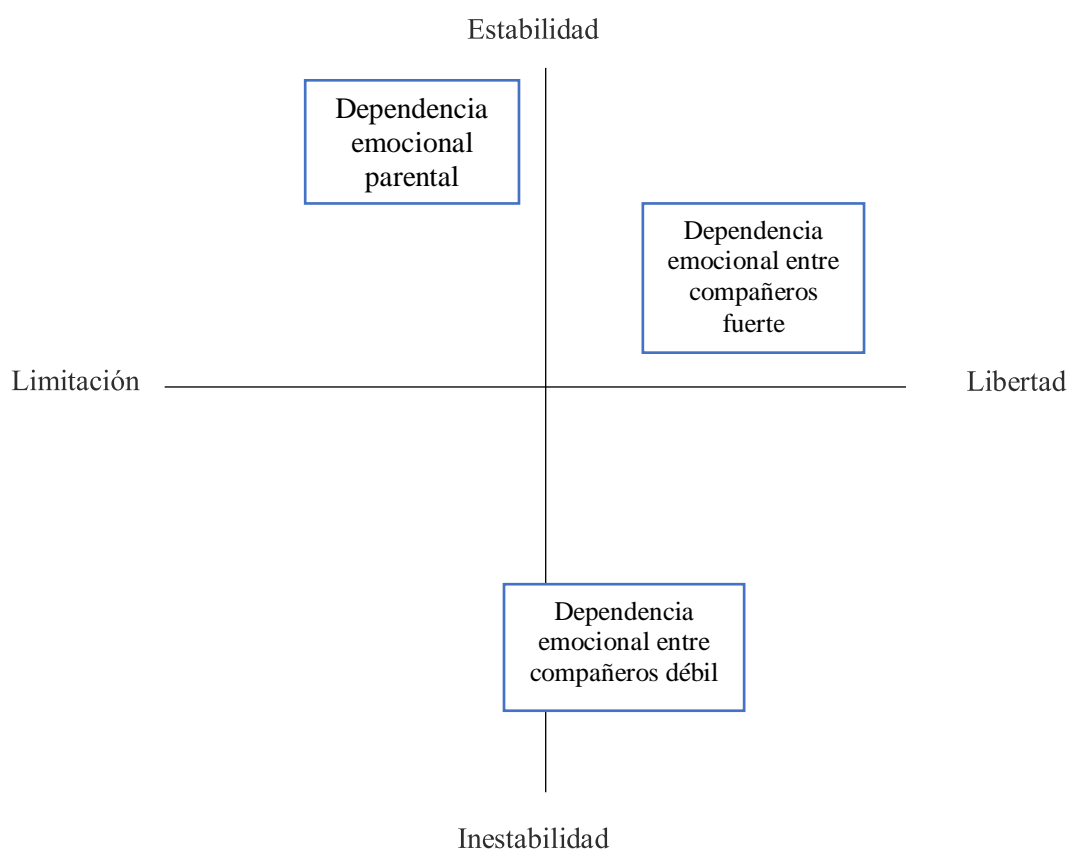
Las posiciones de las tres situaciones representadas en la figura 3 están condicionadas por una dependencia económica que acompaña a estos grados de dependencia emocional. Teniendo esto en cuenta, la dependencia emocional parental supone para los jóvenes una alta estabilidad y un límite para la consecución de la independencia. La estabilidad que proporciona viene de la identificación de apoyo familiar con apoyo económico característico de la cultura familista de los países del sur europeo. Como ya se dijo, el apoyo económico de los padres es constante, ya sea la financiación completa o pequeñas ayudas. De alguna manera se adapta a la circunstancia de los hijos para que estos conserven un cierto nivel de vida de manera estable.

“E5: Pues de la relación que pueda haber entre las familias porque es mi madre y al final si tengo algún problema me va a ayudar. Yo eso lo tengo muy claro.”

Entonces, eso también me aporta seguridad y esa seguridad... Añadida, ya digo, es la que digo que es falsa con respecto a mi contrato de trabajo. Si no tuviese a mi madre no estaría tan tranquilo.”

No obstante, esa dependencia también limita el sentirse independiente. El apoyo económico de los padres refleja una falta de autosuficiencia económica que, en parte, limita la libertad de tomar ciertas decisiones, sobre todo, aquellas que conllevan una inversión significativa de dinero.

Figura 3. (In)dependencia emocional



Fuente: Elaboración propia.

Por otro lado, la dependencia emocional entre compañeros no es homogénea, depende de la fuerza de los vínculos que forjan su relación. Un vínculo prácticamente inexistente supone una dependencia emocional débil. Es el caso de compañeros de piso que eran desconocidos antes de compartir la vivienda. Pero genera una gran inestabilidad, pues la debilidad de los vínculos facilita que en cualquier momento alguna de estas personas se marche del piso sin ningún tipo de compromiso y sin tener que dar explicaciones. Esta

situación tiene dos caras, por un lado, genera inestabilidad, pero, por otro lado, da cierta libertad para poder cambiar de residencia y compañeros.

“E2: Este año ha sido un poco estresante y un poco inestable porque no sabíamos si... si íbamos a poder pagar el siguiente mes, porque las personas... bueno, venían las personas y se iban y así sucesivamente y ha sido un poco estresante así.”

En cambio, cuando el vínculo afectivo es más fuerte, y por ende la dependencia emocional, la seguridad es relativamente mayor que en el caso anterior, pues hay un compromiso afectivo que va más allá de una relación mediada por intereses económicos. La situación pasa a ser un poco más estable. No obstante, prima el proyecto de vida de que, si no es compatible con compartir vivienda con el grupo, rompe la relación residencial.

“E1: Luego ella se echó un novio y se quedó y me fui a vivir con la chica que era homosexual y con mi amiga del pueblo a buscar otro piso y estuvimos viviendo juntas porque nos hicimos súper amigas y salíamos todos los días, aparte, con nuestros amigos de los ciclos que nos habíamos echado. Y bueno, luego pues ya pues cada una se fue por su lado porque se echaron novio, con la otra me disgusté y vino otra chica que también era de mi pueblo y le dije yo que se viniese...”

Por ello, el compartir piso no lo terminan de ver como una forma de convivencia definitiva, sino más bien temporal. Esta forma de convivencia no responde a sus expectativas de independencia, pues no aporta gran estabilidad, además de la dependencia económica y emocional que genera.

Conclusiones y discusión

En conclusión, para los jóvenes que han tenido la experiencia de compartir vivienda la independencia tiene un significado procesual que engloba la emancipación con respecto a la familia de origen en sus tres dimensiones: residencial, económica y emocional. Además, incluye la independencia económica y emocional con respecto a los compañeros de piso y la pareja, siendo el máximo exponente de la independencia el vivir solo de manera autónoma afrontando la totalidad de los gastos que supone mantener dicho nivel de vida; lo cual supone una libertad total con respecto a otras personas en la toma de decisiones. Durante este proceso de independencia, la dependencia económica y la

emocional juegan un papel fundamental, pues regulan el grado de (in)dependencia. Sin ellas no se puede hablar de una total autosuficiencia económica y libertad de decisión que culminan este proceso. Por otro lado, el concepto de emancipación es ajeno al discurso de estos jóvenes, Lo identifican con su dimensión residencial, pero es un término que parece estar más relacionado con la literatura académica.

Este estudio es más bien exploratorio, por lo que es necesario seguir investigando sobre esta forma de convivencia que cada vez es menos típica de estudiantes y se extiende a otros perfiles. De la misma forma resulta fundamental tener en cuenta la dimensión de género y clase social para futuros estudios, pues en estudios precedentes estas dimensiones han marcado diferencias discursivas en torno a la emancipación, y en este estudio la dimensión de nivel de estudios ha eclipsado esos discursos de clase y género, lo que no nos ha permitido distinguir posiciones discursivas diferentes en esas dimensiones.

Por último, este estudio, aun en su fase actual, nos impulsa a replantearnos el concepto de emancipación. En primer lugar en el plano teórico, para lo que ya tenemos bastantes elementos que básicamente se concretan en el paso de la emancipación como momento de ruptura, a la emancipación como proceso. En segundo lugar, en el plano empírico, pues vemos que ese carácter procesual, y la compleja interrelación entre las dimensiones residencial, económica y emocional, no facilita situar con precisión el momento en que los jóvenes se consideran a sí mismos emancipados (aunque no usen esa palabra). Lo que hace mucho más difícil contar el número de los que ya lo están. Pero para profundizar en estas cuestiones es necesario continuar nuestra investigación.

Referencias

- Ayala, I., García, G. & Ponte, J. (2016). Realidades, percepciones y expectativas en torno a la emancipación juvenil de egresados universitarios. Caso: egresados de la Universidad Católica Andrés Bello en el año 2013. *Revista sobre Relaciones Industriales y Laborales*, (52), 35-71.
- Bobek, A., Pembroke S., & Wickham, J. (2020). Living in precarious housing: non-standard employment and housing careers of Young professionals in Ireland. *Housing Studies*. doi:10.1080/02673037.2020.1769037
- Conde Gutiérrez del Álamo, F. (2009). *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Fuster González, N. (2014). *Emancipación juvenil y estrategias residenciales en un contexto de crisis económica*. (Trabajo fin de máster no publicado). Universidad de Granada, Granada.
- Fuster González, N. (2020). *Emancipación residencial de los jóvenes en un contexto de crisis económica*. (Tesis doctoral). Universidad de Granada, Granada. Recuperado de <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/62932/62942.pdf?sequence=4&isAllowed=y>
- Garrido, L., & Requena, M. (1997). *La emancipación de los jóvenes en España*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Gentile, A. (2010). De vuelta al nido en tiempos de crisis, Los boomerang kids españoles. *Revista de Estudios de Juventud*, (90), 181-203.
- Gil Solsona, D. & Simó Noguera, C. X. (2017). Los cambios en el proceso de emancipación residencial en España como respuesta a la crisis: Retos metodológicos ante trayectorias crecientemente complejas. *Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud*, (7), 75-89.
- Gil Solsona, D. & Simó Noguera, C. X. (2018). La investigación empírica sobre emancipación en España. Posibilidades y retos para medir la semi-autonomía. *Revista Prisma Social*, (23), 142-168.

Hernández Hurtado, D. M., & Susino Arbucias, J. (2007). *Juventud y Vivienda. Un análisis cualitativo de las percepciones de los jóvenes andaluces frente a la emancipación*. Sevilla: Comisiones Obreras de Andalucía.

Moreno Mínguez, A., López Peláez, A. & Segado Sánchez-Cabezudo, S. (2012). *La transición de los jóvenes a la vida adulta. Crisis económica y emancipación tardía*. Colección Estudios Sociales, N° 34. Barcelona: La Caixa. Descargado de https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/27/transicion_jovenes_vida_adulta.pdf

Sánchez-Galán, F. J. (2019). Transición a la adultez en España antes y en la salida de la crisis económica. Una comparación utilizando análisis de entropía. *Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (43), 117-136. doi:empiria.43.2019.24301